

SAN ENRIQUE, EMPERADOR, VIRGEN, Y CONFESOR

DÍA 13 DE JULIO

Por P. Juan Croisset, S.J.

Nació en el castillo de Auda, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera ; y su madre Gisella, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo bautismo Wolfango, Obispo de Ratisbona , quien, sintiendo dentro de su corazón ciertos secretos anuncios de la futura santidad del tierno príncipe, quiso encargarse de su educación ; y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la piedad cristiana. Imprimióle tanto horror al vicio, que no podían ser mas inocentes las costumbres del niño Enrique. Contribuían mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo prelado el bello natural del príncipe, su corazón recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su aire apacible, pero al mismo tiempo majestuoso, y unos modales nobles, naturalmente gratos, desembarazados y atentos. Previendo San Wolfango los grandes bienes que prometían á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su discípulo, no perdonó medio ni diligencia para formar en él un gran santo y un gran príncipe.

Logrólo todo felizmente. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oía á tan hábil como experimentado maestro; y en pocos años hizo asombrosos progresos en el difícil arte de obedecer á

Dios y mandar á los hombres. Muerto Wolfango , no por eso se desvió un punto el príncipe de aquel método de vida que había entablado por su consejo , y creciendo con los años la virtud, era ya el príncipe de Baviera la admiración de todas las cortes cuando la muerte le quitó á su querido maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo; y para hallar algún consuelo en su dolor, todos los días pasaba muchas horas de oración sobre su sepultura, regándola siempre con tiernas y dulces lágrimas.

Dormía una noche el príncipe en su cuarto, y soñó que estaba sobre la sepultura de san Wolfango , pareciéndole que veía al mismo Santo, y que con el dedo le mostraba un letrero escrito en la pared, mandándole que le leyese, pero que él, por mas que se esforzaba en leerle todo, no pudo pasar de estas dos palabras : *Post sex* , después de seis. Habiendo despertado, comenzó á discurrir qué podría significar aquel misterioso sueño ; y concluyó que sin duda le daba á entender había de morir dentro de seis días, con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte, añadiendo á sus devociones muchas limosnas, y grandes penitencias á los sacramentos de la confesión y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazón cuando, habiéndose pasado los seis días, y no experimentando novedad en su salud, juzgó que se había equivocado, entendiendo por seis días los que eran seis meses; y rindiendo al Señor muchas gracias porque le concedía mas tiempo para disponerse á morir, pasó aquellos seis meses en oraciones, en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses, como vio que tampoco le faltaba la salud, creyó que aun no estaba en disposición de presentarse á los ojos de Dios, y que su misericordia le concedía todavía otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasión, y persuadido de que estaba muy próxima su postrera hora, negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno,

únicamente suspiraba por su amado; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devoción á la Santísima Virgen, pasaba los días y las noches al pié de los altares, de donde no se arrancaba sino para ejercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas, en medio de las cuales había determinado su amorosa providencia hacerle santo. Con efecto , pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Otón III, fue Enrique elegido emperador y consagrado rey de Germania por Wigilliso, Arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de la elección de tan santo rey, siendo universal el aplauso.

Ya hacia algunos años que San Enrique, Virgen, estaba casado con Santa Cunegunda, Virgen, hija de Sigefredo , primer conde de Luxembourg, pero como eran tan parecidas las costumbres, había unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; **y desde el primer día de la boda mutuamente habían convenido , por un heroísmo de virtud tan rara como magnánima, que vivirían y se amarían como hermano y hermana, para dar gloria a Dios.**

Fue ungido y consagrado el rey el día 7 de junio del año 1002, y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la reina. En nada alteró la nueva dignidad el ejemplar método de vida que observaba el santo rey, solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevación únicamente para la mayor exaltación de la Iglesia, y su poder para mayor triunfo de la religión. Impuso se desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de los pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó sus primeros desvelos á que reinase la

justicia en sus estados, y á corregir desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos príncipes alemanes el celo del virtuoso monarca : al descontento se siguió la rebelión; pero la moderación y la prudencia de Enrique la sufocaron en su mismo nacimiento. Redujo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la religión. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Strasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbarie de los esclavones. Apoderaron se estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto experimentó las ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que sería forzoso venir a las manos, fue su primera diligencia poner su persona y su ejército bajo la protección de los santos patronos del país, singularmente de san Adrián, cuya espada fue á tomar en Wasbech , donde se conservaba como preciosa reliquia. **La víspera de la batalla mandó que comulgasen todos los soldados , dándoles él mismo ejemplo;** y el día siguiente, habiéndose avanzado los enemigos con un aire fiero y arrogante, el rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su ejército en batalla. No le acobardó el número de los bárbaros, aunque era doble del de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la protección del cielo, animó á los soldados á combatir, tanto por los intereses de la religión , como por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el ejército enemigo; era un terror pánico el que se había apoderado del corazón de aquellos bárbaros; cada uno de ellos pensaba solamente en escapar como podía ; y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra ellos; de manera que por un prodigio, aquel formidable ejército

se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso príncipe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo y exclamó : *Glorifiquente, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en ti.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el aire las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia , la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Después cumplió con real magnificencia el voto que había hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberg; y á este efecto , como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los Prelados en Francfort, en cuya ocasión dio el religioso príncipe el mas esclarecido ejemplo de su profunda humildad y de su respetuosa veneración al sacerdocio; porque, habiendo entrado donde estaban congregados los Obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el Arzobispo de Maguncia le obligó , en nombre de toda la congregación , á que se levantase, y tomándole por la mano, le condujo al trono , que se le había prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, deseando Enrique dejar mas cimentada en Bamberg la piedad, fundó dos monasterios, uno de canónicos reglares de San Agustín, y otro de monjes benedictinos, después de lo cual dispuso el viaje de Italia.

Habíanse levantado los Lombardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso al frente de ellos ; marchó Enrique contra los rebeldes y los deshizo enteramente. Coronado en Pavía rey de Lombardía, dio prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habían suscitado

algunos malcontentos; conseguido esto, volvió con aceleración á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los Lombardos, cediendo todo á su valor, á su justicia y á sus rectas intenciones. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya , corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delincuentes la piedad del príncipe, juntaron todos los niños y se los pusieron delante, derramando muchas lágrimas aquellos inocentes é implorando su clemencia.

Enternecióse el emperador y los perdonó, diciendo que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios no podían menos de aplacar la suya.

Aun mas que los propios intereses animaba á Enrique el celo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á emplear toda su autoridad y todo su poder para exterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el **Antipapa (pseudo papa) Gregorio**, que después de la muerte de Sergio IV disputaba el pontificado al legítimo papa Benedicto VIII. Extinguió el cisma el religioso príncipe; y pasando á Roma con su esposa Santa Cunegunda, Augusta y Virgen, fue recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas celoso defensor de la Iglesia. Coronóle por Emperador de los Romanos el Papa Benedicto VIII (con deber y derecho de defender a la Iglesia Católica y los Estados Pontificios contra enemigos externos e internos), y en la misma ceremonia fue coronada Santa Cunegunda, Virgen, por emperatriz y augusta. Presentó el Papa al Emperador un globo de oro, engastado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, símbolo todo de su imperial autoridad; pero el piadoso príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de

Cluni, de que era abad San Odilon.

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Emperador Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde, sosegados también del todo los anteriores disturbios, se aplicó enteramente á ser cada día mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales , y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial y pasar el resto de sus días en algún religioso retiro; pero se le hizo conocer que en un solo día haría mas bien desde el trono, adonde le había elevado la divina Providencia, que podría hacer en muchos años reduciéndose á una vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba, le dejaron en plena libertad para satisfacer su devoción. Nunca resplandeció mas la elevación de su virtud, ni el fervor que la animaba le permitía omitir obra alguna buena en que se pudiese ejercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del estado le empleaba en visitar á los pobres en los hospitales, en arreglar las diferencias de sus vasallos y en el ejercicio de la oración. La emperatriz por su parte trabajaba cuanto podía en igualar á la piedad de su querido esposo, cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes ejemplos en la corte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para oscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron en introducir sospechas en el corazón del emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castísima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, y parecía dar oídos á la calumnia cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la Santa Emperatriz, haciendo tan visible su

inocencia, que quedaron confundidos los calumniadores. Condenó Enrique su excesiva credulidad; y pidiendo perdón á la princesa, sirvió este lance para estrechar más el nudo del casto amor que unía á los dos santos esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra San Heriberto, Obispo de Colonia ; pero reconociendo muy en breve la virtud del Santo Prelado , el mismo emperador pasó personalmente á echarse á sus pies y á pedirle perdón de su ligereza , la que solo sirvió para que dejase al mundo este ejemplo mas de una humildad verdaderamente heroica. No lo fue menos el que dio de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, Obispo de Augsburgo. Sufocados en este Prelado todos los impulsos naturales de la sangre y todas las obligaciones de la religión y del estado, concibió un odio mortal contra el Santo Emperador. Era todo su estudio darle que sentir y desazonarle, ya llamando contra él las armas de los extranjeros, ya soplando el fuego de la rebelión entre sus mismos vasallos. Todo lo sufría y lo disimulaba Enrique sin exhalar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el Santo Emperador, para quien no había mayor satisfacción que ofrecérsele ocasión de hacerle algún beneficio; pero insensible Bruno á todas las pruebas de su heroica virtud, fue siempre el azote del pacientísimo monarca, cuya santidad quiso purificar y ejercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se encerró su religioso celo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de él, emprendió la conversión de San Esteban, Rey de Hungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la mujer fiel santifica al marido infiel*, le

dio por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía excelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirti6se San Esteban, y trabaj6 con tanto esp6ritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con raz6n se puede decir que el reino de Hungría tuvo por ap6stoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los Lombardos, y no menos revoltosos los Normandos y los Griegos, turbaban la paz de la Iglesia y desolaban los pueblos de Italia. March6 Enrique contra todos ellos; dom6 para siempre á los primeros; disip6 las fuerzas de los Griegos y de los Normandos; apoder6se de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Cápua y Salerno; restituy6 á la Iglesia todo lo que le habían usurpado; hizo reflorecer la religi6n en todas partes y tom6 el camino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso ej6rcito fueron bastantes para que jam6s se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese ninguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos d6as de la semana, comulgaba los d6as seÑalados, y nunca dejaba de cumplir con todos sus ejercicios espirituales. Pas6 por Monte Casino para satisfacer la particular devoci6n que profesaba al patriarca san Benito; y el santo se la premi6 prontamente, porque, sinti6ndose atormentado cruelmente del mal de piedra, logr6 repentina y milagrosa curaci6n por su intercesi6n poderosa.

Al retirarse de Italia tuvo aquella c6lebre entrevista sobre el r6o Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos pr6ncipes de aquel siglo; donde, animados ambos del mismo esp6ritu y del mismo celo por la religi6n, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del estado. All6 fue donde, habi6ndose ajustado antes el ceremonial entre los dos pr6ncipes, en fuerza del cual cada uno hab6a de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando

hasta la mitad del río, á distancia igual de las dos orillas, pareciéndole á Enrique debía despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un príncipe cuya virtud honraba sobre manera, no obstante las convenciones , al romper el día partió de su campo , acompañado de algunos señores de su corte, y pasando el río, buscó al rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó después el Santo Emperador la mayor parte de las provincias de su imperio, habiendo dado acertadas providencias para que en todas ellas floreciese la religión, la justicia y el buen orden; y hallándose en el castillo de Grona, cerca de Halberstad, le acometió una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispuso se para él con nuevos esfuerzos de fervor; mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, Virgen y Augusta, y en presencia de todos los señores y prelados que á la sazón se hallaban en la corte, le repitió nueva y pública satisfacción de la injusta sospecha que había tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que se atrevió á atacar á su pureza la calumnia; declarando la dejaba tan intacta y tan virgen como había entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios había permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heroica virtud de los dos castos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel día tan raro como heroico ejemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienes mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dio el santo príncipe las mayores pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador y de una tierna devoción á la Santísima Virgen, espiró tranquilamente la noche del día 14 de julio del año 1024, á los 52 de su edad, 22 del reinado de Alemania, y á los 10 después de haber sido coronado Emperador. Los

muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atrajeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autenticadas estas maravillas, como también la heroicidad de sus virtudes, le Canonizó el Papa Eugenio III en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

La misa es en honor del Santo, y la oración la que sigue.

O Dios, que en este mismo dia trasladaste al bienaventurado Enrique, tu confesor, desde el elevado trono del imperio de la tierra al reino eterno de la gloria; te suplicamos humildemente, que así como le preveniste á él con tu gracia para que venciese los atractivos halagüeños del siglo, así también hagas que nosotros, á su imitación, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á ti inocentes y puros en nuestros corazones. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

NOTA

Con razón llaman los Griegos al libro del Eclesiástico *Panaretos*, esto es, libro que da preceptos para el ejercicio de las virtudes. Puédese llamar un compendio de todos los libros espirituales, lleno de sentencias y de doctrina cristiana. Basta leer la epístola de hoy para convencerse de esto.